

bía obedecer á todos los Bárbaros que alternativamente la invadían.

Pero en ninguna parte era tan profunda la anarquía como en Siria, la primera de las comarcas á donde los Arabes llevaron sus armas. Si aquí las ciudades, por haberse salvado de las devastaciones de las guerras perpetuas entre Persas y Romanos, todavía prosperaban, no tenían ya interés sino por las especulaciones comerciales, y por las controversias religiosas. El mundo para ellas acababa á las puertas de la población; las campiñas estaban desiertas; y los habitantes habían olvidado toda idea de patria, y obedecían al primer señor que se avenía á darles de comer: envilecida la antigua aristocracia de los vencedores por sus cruzamientos con todos los pueblos asiáticos á quienes venciera, había perdido todo su valor é influencia.

Al examinar en nuestra obra anterior el influjo de los diferentes factores que dirigen la evolución de las sociedades, hemos colocado entre los más importantes, la influencia de un ideal; pues si el culto de la patria, las creencias religiosas, el amor de la independencia, de la gloria, del pueblo ó de la ciudad, etcétera, son, filosóficamente considerados, una especie de ilusiones; esas ilusiones son cabalmente las que siempre han arrebatado á los hombres, y aquellas bajo cuya égida se han levantado los edificios políticos y sociales que hasta ahora abrigaron á la humanidad. La grandeza de los Romanos se fundó sobre todo en el culto de Roma, y Roma fué dueña del mundo mientras hubo Romanos que no vacilaron en sacrificar sus vidas al acrecentamiento de aquel poder.

Con una palabra cabría caracterizar á los pueblos greco-romanos y asiáticos cuando apareció Mahoma; bastaría decir que todo ideal había muerto en ellos desde mucho antes. El amor de la patria, y el culto de los antiguos dioses no tenían ya prestigio en las almas, predominando tan sólo en ellas el sentimiento del amor egoísta de sí mismo. Con semejante móvil no se resiste ni un momento á pueblos dispuestos á sacrificar sus vidas por sus creencias.

Mahoma supo crear un ideal poderoso para unos pueblos que carecían de él; y en esto particularmente consiste su grandeza. Este ideal nuevo era, sin duda, como todos los anteriores ideales, un vano fantasma, pero ninguna realidad es más poderosa que estos fantasmas. Nunca vacilaban los sectarios del profeta en dar las vidas por su nueva fe; porque ningún

bien terrenal les parecía superior á la vida futura que esta fe les movía á esperar.

El islamismo fué para todos los pueblos sometidos á su ley, lo que antiguamente fué la grandeza de Roma para los romanos; él dió intereses comunes y esperanzas también comunes á poblaciones hasta entonces separadas por intereses diversísimos, y logró así dirigir todos sus esfuerzos hacia un mismo fin.

Pero si la comunidad de intereses y creencias puede bastar para constituir la homogeneidad de un pueblo, no es suficiente para darle los medios de apoderarse del mundo, hasta en el caso de que este mundo se halle en el estado de decadencia que el imperio greco-romano y el de los persas en la época de Mahoma; pues aunque el coloso fuese una sombra, todavía la sombra era temible; y para atacarla con éxito, necesitábase unir á las creencias, que encaminaban los esfuerzos en un mismo sentido, cualidades guerreras notabilísimas. El valor y el amor á los combates no faltaban á los Arabes, por haberlos heredado desde muchos siglos antes; la nueva creencia les enseñaba el desprecio de la muerte, prometiéndoles infinitos deleites en la otra vida; y sólo les faltaba el conocimiento del arte de la guerra, pues el valor no lo suple. Los combates de los Arabes entre sí no eran más que verdaderas luchas de bárbaros, en las cuales toda la táctica consistía en precipitarse amontonadamente unos contra otros, peleando cada uno para sí.

Los Persas y los Romanos poseían todavía hasta un alto grado este arte de la guerra, como así lo probaron en sus primeros choques con los Arabes, pues las derrotas de éstos en Siria demostraron muy pronto lo que les faltaba. Pero los Arabes se instruyeron rápidamente combatiendo con sus vencedores. Los numerosos tráfugas, que atrajo la nueva fe, sirvieron de instructores á los discípulos del profeta; quienes así aprendieron la táctica, la disciplina y el sistema de dar batallas; de modo que en pocos años quedaron transformados, y en el sitio de Damasco sus adversarios les vieron con estupor servirse de máquinas tan perfectas y tan bien manejadas como las de los Griegos.

## II

### CARACTERES DE LAS CONQUISTAS ÁRABES

La habilidad política desplegada por los primeros sucesores de Mahoma estuvo al nivel de los talentos guerreros que con tanta rapidez supieron adquirir. Desde los primeros comba-

tes se hallaron entre poblaciones á quienes sus señores tiranizaban sin piedad desde hacía muchos siglos; y que no podían menos de recibir con alegría á unos conquistadores que les permitían vivir mejor. La conducta que debía seguirse era clara, y los primeros califas supieron sacrificar á los intereses de su política toda idea de conversión violenta. Lejos de procurar imponer por la fuerza su creencia á los pueblos sometidos, siempre declararon que respetarían su fe, usos y costumbres; y en cambio de la paz que les aseguraban, no les imponían más que un corto tributo, siempre inferior á los impuestos que les exigían sus antiguos dueños.

Antes de empezar la conquista de un país, los Arabes le enviaban invariablemente embajadores con proposiciones conciliatorias; las cuales eran en todas partes idénticas á las que, según el historiador árabe El-Macyn, Amrú mandó hacer el año xvii de la hégira á los habitantes de la ciudad de Gaza, á quienes sitiaba, y á las que se hicieron igualmente á los Egipcios y á los Persas. Hélas aquí:

«Nuestro dueño nos ordena haceros la guerra, si no aceptáis su religión. Sed de los nuestros, haceos hermanos nuestros, adoptad nuestros sentimientos é intereses, y no os haremos ningún daño. Si no aceptáis, pagadnos un tributo anual, con exactitud, mientras viváis; y combatiremos en favor vuestro contra aquellos que intenten haceros daño y sean vuestros enemigos, quienes quiera que fueren; y así os conservaremos fiel alianza. Si también rehusáis esto, no habrá entre vosotros y nosotros sino la espada, y os haremos la guerra hasta cumplir lo que Dios nos manda.»

La conducta del califa Omar en Jerusalén nos demuestra con qué blandura los conquistadores árabes trataban á los vencidos, lo cual contrasta en extremo con los procedimientos de los Cruzados en la misma ciudad algunos siglos después. Omar no entró en la ciudad santa sino con un corto número de compañeros suyos; y pidió al patriarca Sofronio que le acompañase en la visita que quiso hacer á todos los sitios consagrados por la tradición religiosa, declarando en seguida á los habitantes que estuviesen tranquilos, pues no sólo sus bienes y templos no tenían nada que temer, sino que los musulmanes no harían sus oraciones en las iglesias cristianas, porque éstas no eran aptas para su culto.

La conducta de Amrú en Egipto no fué menos benévola, pues propuso á los habitantes

una completa libertad religiosa, justicia imparcial para todos, inviolabilidad de las propiedades, y en vez de los tributos arbitrarios y excesivos de los emperadores griegos, un impuesto anual de 15 pesetas por cabeza. Llenos de satisfacción por estas proposiciones, los habitantes de las provincias se apresuraron á adherirse á ellas, pagando el tributo por adelantado. Los Arabes respetaron tan religiosamente las convenciones establecidas, y se hicieron tan agradables á las poblaciones que habían sufrido los vejámenes de los agentes cristianos del emperador de Constantinopla, que todo el Egipto adoptó con eficacia la religión y la lengua de los nuevos señores. Este resultado es uno de aquellos, repito, que jamás se obtuvieron por la fuerza.

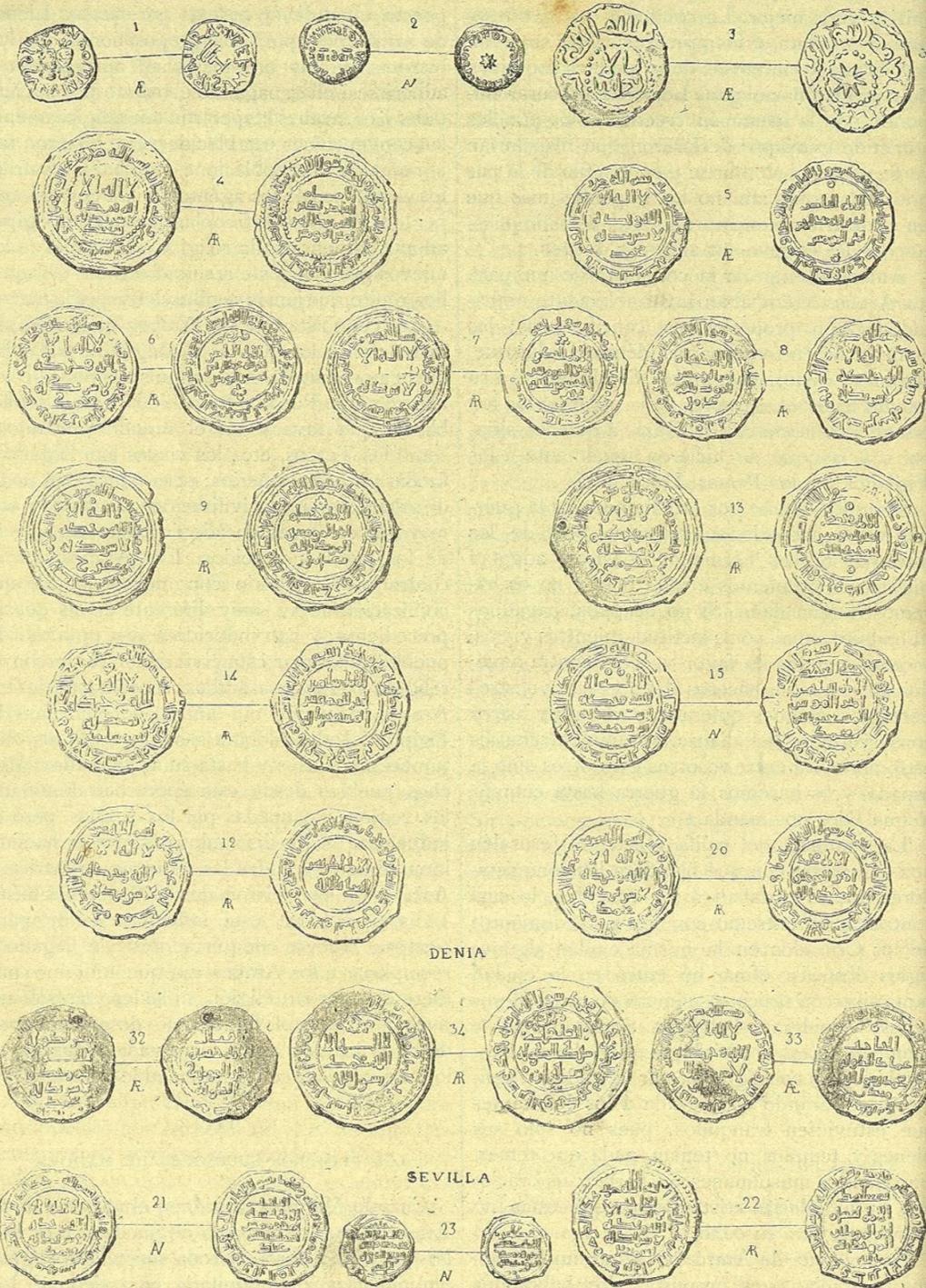
Las conquistas de los Arabes tienen un carácter particular que las distingue de todas las que emprendieron los conquistadores que les han seguido. Pueblos ha habido, como los Bárbaros, que invadieron el mundo romano; y como los Turcos, etc., los cuales han llegado á fundar grandes imperios; pero nunca han podido establecer una civilización, empleando sus mayores esfuerzos en adquirir penosamente la de los pueblos vencidos. Los Arabes, por el contrario, han creado con mucha rapidez una civilización nueva, muy diferente de las que la precedieron; y han inducido á una multitud de pueblos á adoptar esta civilización junto con la religión y la lengua árabes. Al contacto de los Arabes, naciones tan antiguas como las de Egipto é India adoptan sus creencias, sus costumbres, sus usos y hasta su arquitectura. Muchos pueblos desde esta época han dominado las regiones ocupadas por los Arabes, pero la influencia de los discípulos del profeta ha sido inmutable, y en todas las regiones de Africa y Asia donde penetraron, desde Marruecos hasta India, parece que esta influencia se fijó para siempre. Nuevos conquistadores han llegado á reemplazar á los Arabes, sin que ninguno pudiese destruir su religión, ni su lengua. Sólo un pueblo, el español, ha logrado desembarazarse de la civilización árabe, pero ya veremos que lo logró á costa de una irremediable decadencia.

## III

### LOS PRIMEROS SUCESORES DE MAHOMA

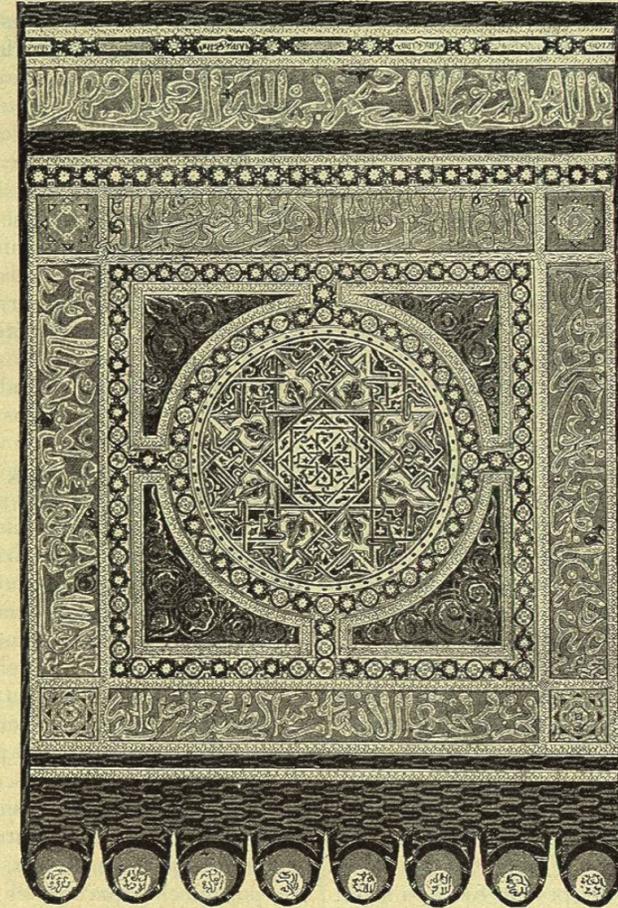
Cuando Mahoma murió, en el año 632 de la Era cristiana, su empresa no quedaba más que bosquejada, y contenía toda suerte de peligros que amenazaban aniquilarla para siempre. La

MONEDAS ÁRABES ACUÑADAS EN ESPAÑA



unidad política de la Arabia, que había fundado, no era más que la consecuencia de la unidad religiosa, y esta unidad religiosa podía desaparecer con su sucesor, pues si los Arabes habían llegado á reconocer la autoridad de un enviado de Dios; una vez cumplida la misión de este

enviado, nada indicaba que debiese tener un sucesor; y muchas tribus que habían consentido en sacrificar á un profeta de Dios su amor á la independencia y su odio á toda autoridad, no parecían nada dispuestas á seguir la ley de sus sucesores, de quienes aquel profeta nunca ha-



Bandera cogida á los árabes almohades en la batalla de las Navas de Tolosa. (Consérvase en el Monasterio de las Huelgas de Burgos)

blara, y que no podían pretender ejercer la misma misión.

Otros peligros todavía mayores amenazaban destruir en gérmen la obra de Mahoma. Gran número de alucinados, bajo la excitación de los triunfos que éste alcanzara, procuraron también hacerse tener por profetas, llegando uno casi á convertir el Yemen; de modo que sin la abnegación de algunos fieles que lo asesinaron, un cisma arrebatara al islamismo la mejor de sus provincias. Otro exaltado se había reducido á añadir algunos capítulos al Corán, y su influencia se extendió tanto, que llegó á con-

trabalancear la de los primeros sucesores del maestro.

La nueva empresa tenía pues enfrente muchos obstáculos; los cuales no logró dominar sino el notable genio político de los compañeros de Mahoma. Eligieron éstos para suceder al profeta unos hombres que al principio no tuvieron otra misión que hacer respetar la ley escrita en el Corán; de modo que en apariencia los Arabes no obedecían á jefes electivos, sino á un código revestido de indisputado origen divino.

Los primeros sucesores del profeta, Abu Bekr (632-634), Omar (634-644), Othman (644-655),

y Alí (655-660), habían sido todos compañeros de Mahoma, y continuaron sus costumbres sencillas, y su vida austera, no viéndose en ellos nada que indicase á un soberano. Abu Bekr no dejó al morir sino el traje que llevaba, el camello que montaba, y el esclavo que le servía, pues durante su vida no había cobrado del tesoro más que cinco dracmas diarias para su subsistencia; y aunque Omar hubiese compartido ricos despojos con sus soldados, llevaba un traje remendado, y dormía con los mendigos en las gradas de los templos.

Así es que los Arabes debieron pasar gradualmente del régimen democrático al régimen monárquico. Bajo los primeros sucesores del profeta había completa igualdad, y un solo derecho para todos; de modo que el cuarto califa, Alí, compareció en persona ante un tribunal para acusar á un individuo de quien creía que le había robado una armadura. Cuando el rey cristiano de los Ghassanidas, convertido con sus tribus al islamismo, fué después de su conversión á ver á Omar, en la Meca, pegó á un Arabe que había tropezado con él por descuido. Habiéndose querellado el Arabe, Omar se vió obligado á aplicar la ley, y ordenar que el monarca sufriese la pena del talión. «¿Es posible, comendador de los creyentes, exclamó el rey, que un plebeyo haya de levantar la mano sobre un jefe de tantas tribus!» El califa contestó: «Tal es la ley del Islam, la cual no reconoce privilegios, ni castas. Todos los musulmanes eran iguales para el profeta, como lo son para sus sucesores.»

Estas equitativas costumbres no prevalecieron largo tiempo; y los califas llegaron á ser soberanos absolutos; bien que la igualdad de todos los musulmanes ante el Corán ha continuado hasta ahora.

El primer sucesor del profeta fué Abu Bekr, á quien Mahoma había designado una vez para decir las oraciones en su lugar; cuyo antecedente le valió la preferencia. Pero esta elección dió lugar á disensiones que se renovaron al nombrarse á los demás sucesores.

Cuando hubo recibido el juramento de fidelidad de sus compañeros, Abu Bekr les habló de esta manera, según los historiadores árabes: «Quedo encargado del cuidado de gobernaros; si lo hago bien, ayudadme; si lo hago mal, corregidme; pues decir la verdad al depositario del poder es un acto de celo y virtud, y ocultársela, un acto de traición. Para mí, el hombre débil y el hombre poderoso son iguales. Quiero hacer á todos imparcial justicia; y si un día me

separare de las leyes de Dios y de su profeta, dejaré de tener derecho á vuestra obediencia.»

Abu Bekr tuvo primero que batallar con los rivales que pretendían la dignidad de Califa, y después contra los jefes que querían sustraerse al pago de los tributos impuestos por el Corán. Sin embargo, comprendió muy pronto que el mejor medio de calmar estas disensiones era dar á los Arabes ocasión de seguir fuera del país sus costumbres pendencieras y guerreras; cuya hábil política fué también adoptada por sus sucesores. Mientras pudo procederse así, el islam se extendió, pero el día que los Arabes no hallaron ya en el mundo nada que conquistar, volvieron las armas contra sí mismos. Entonces comenzó la era de su desunión, y con ella la de su decadencia. Su poder debía quedar destruído, más bien por sus propias armas, que por las de los pueblos á quienes sometieron.

Las grandes conquistas de los Arabes no empezaron hasta el segundo sucesor de Mahoma, Omar. Mientras los rigió Bekr obtuvieron muchas ventajas en Siria, pero ya dijimos que si los Arabes eran grandes por el valor, su habilidad guerrera valía poco; y así aquellas ventajas anduvieron mezcladas con reveses, hasta que estuvieron tan instruídos en el arte de la guerra como sus mismos adversarios.

Omar fué tan hábil general, como diestro administrador, sin contar que se mostró ejemplarmente equitativo.

Los historiadores árabes ponen en su boca las palabras siguientes, cuando en calidad de sucesor del profeta subió al púlpito de Medina: «¡Oh, vosotros que me escucháis! sabed bien que jamás habrá hombre más poderoso á mis ojos que el más débil de entre vosotros cuando tenga de su parte la justicia; y que jamás hombre, por mucho que sea el más poderoso de entre vosotros, no me parecerá más débil, que cuando se presente con pretensiones injustas.»

Con Omar empieza verdaderamente el imperio de los Arabes. Al verse obligado el emperador Honorio á abandonar la Siria y refugiarse en Constantinopla, comprendió que el mundo iba á tener nuevos señores.

#### IV

##### RESUMEN DE LA HISTORIA DE LOS ÁRABES

Vamos á resumir en este párrafo, siguiendo el orden cronológico, los principales sucesos de la historia guerrera de los Arabes durante los ocho siglos que ha durado su civilización.

*Primer siglo de la hégira.*—Las primeras conquistas de los sucesores de Mahoma fueron en la antigua Babilonia, donde mandaba Persia, y en la Siria, donde reinaba el emperador de Constantinopla, Heraclio. Empezadas, bajo el primer sucesor de Mahoma, que murió luego, continuólas Omar, quien se apoderó personalmente de Jerusalén. La Siria, ocupada desde hacía siete siglos por los Romanos, les fué arrebatada en siete años.

La Mesopotamia y la Persia quedaron muy pronto sometidas á los soldados de Omar. Dos meses bastaron al califa para echar del trono al último de los Sassanidas, apoderándose del imperio tantas veces secular del rey de los reyes.

En Occidente las tropas enviadas por Omar, bajo la dirección de Amrú, poeta y guerrero, obtuvieron triunfos no menos rápidos, conquistando en breve Egipto y la Nubia; de modo que cuando este califa murió, en 644, el imperio árabe, nacido apenas veinte años antes, era ya vastísimo.

Othman, sucesor de Omar, era más que octogenario: á pesar de lo cual prosiguió la serie de las conquistas, y sus tenientes acabaron de apoderarse de Persia, llevaron sus armas hasta el Cáucaso, y empezaron á explorar la India.

El sucesor de Othman, Alí (655), yerno del profeta, se vió contrariado por competencias que pusieron un momento en peligro al imperio árabe; y después de cinco años de reinado, murió asesinado, desapareciendo con él la primera serie de esos califas, antiguos compañeros de Mahoma, á quienes se consideraba como padres del islamismo.

Su sucesor, Moawiah (660), empieza la serie de los califas Omníadas, los cuales transfirieron el califato á Damasco, y empezaron á adoptar las costumbres de los soberanos asiáticos.

El nuevo califa envió tropas á todo el norte de Africa, del cual formó un gobierno distinto, no deteniéndose sino á orillas del Océano. Una escuadra de 1,200 velas recorrió el Mediterráneo, cuyas islas invadió, entrando también en el territorio de Sicilia.

Hizo sitiar á Constantinopla durante siete años, pero inútilmente; los tenientes del califa pasaron el Oxus, y llevaron su bandera hasta Samarcanda.

Moawiah murió (680) después de veinte años de reinado, y la dinastía que fundó debía durar un siglo.

Los Omníadas continuaron las conquistas, extendiéndolas en Asia hasta las fronteras de

China, y en Occidente hasta el Atlántico. En 712 los Arabes pasan el estrecho de Gibraltar, penetran en España, logran arrancar esta comarca á la monarquía cristiana de los Godos, y hacen de ella un gran reino, que durante unos ocho siglos quedó sometido al poder de los Arabes.

Al terminar el primer siglo de la hégira la bandera del profeta ondeaba desde la India hasta el Atlántico, desde el Cáucaso hasta el golfo Pérsico, y uno de los más grandes reinos cristianos de Europa, España, había tenido que recibir la ley de Mahoma.

*Segundo siglo de la hégira.*—Esta segunda época vió todavía á los Arabes extender un poco sus conquistas; pero la ocupación principal de estos fué organizar su gigantesco imperio. Penetran en la Galia hasta el Loire, donde rechazados por Carlos Martel, no pueden sostenerse sino en el Mediodía de Francia, de cuyo punto los expulsó definitivamente Carlo Magno.

Durante el segundo siglo de la hégira la capital del imperio fué trasladada de Damasco á Bagdad, ciudad fundada en 762 por Almanzor; y la dinastía de los Omníadas fué reemplazada por la de los Abbasidas (752) descendientes de Abbas, tío del profeta, siendo degollados todos los Omníadas, excepto un vástago que se escapó por casualidad, y que en 756 logró fundar en España un califato independiente.

Desde el principio del segundo siglo de la hégira, el imperio árabe había alcanzado los límites de los cuales no debía ya pasar, y se extendía desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta la India, y desde las orillas del Mediterráneo hasta las arenas del desierto.

La mayor parte del Asia obedecía á los califas, desde la Arabia Pétreá hasta el Turkeistán, y desde el valle de Cachemira hasta el Tauro. La Persia estaba dominada. El rey de Cabul y los demás jefes del valle del Indo pagaban tributo. En Europa poseían España y las islas del Mediterráneo; y en Africa, el Egipto y todo el norte del continente reconocían sus leyes.

Termina la era de las conquistas y empieza la de la organización. La actividad de los conquistadores se concentra en las obras de la civilización, y el reinado de los primeros Abbasidas es la época de esplendor para los Arabes de Oriente. Apoyándose en la cultura griega, crean luego una civilización brillante, en la cual las letras, las ciencias y artes brillan con la luz más pura. Con Harun-al-Raschid (786-809) las artes, las ciencias, la industria y el comercio toman un rápido vuelo. Poetas, sabios y artistas llevan